

PUBLIKACIONES *Cinema*

May Robson
en



LA EXCÉNTRICA

LA EXCENTRICA

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

EDWARD LUDWIG



UNA PRODUCCIÓN



DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Mallorca, 220

Teléfono 80035

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

MAY ROBSON

Charlotte Henry

William Benedict

Billy Burrud

Henry Armetta

con la colaboración de una selección de
estrellas de la NUEVA UNIVERSAL.

EN PREPARACIÓN:

EL POTRO INDOMABLE, interpretada por
KEN MAYNARD

TALLERES GRAFICOS
VDA. M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

LA EXCÉNTRICA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

Sólo en los Estados Unidos, país de las excentricidades por excelencia, podía haber nacido aquella bienaventurada señora llamada Mary Jane Baxter, a quien todo el mundo conocía por el sobrenombre de «La Excéntrica».

Previamente sus familiares —primos, sobrinos y demás parientes— eran los que mostraban más empeño en poner de relieve la supuesta tara mental de su alicuada. Sus motivos tenían, ya que Mary Jane, además de excéntrica, era millonaria, solterona, anciana ya, pero con una salud de hierro, dispuesta a vivir cien años si fuera necesario, con tal de estropearles las andas hereditarias a sus queridos parientes. ¡Y a eso sí que no había derecho! Que viviera en buena hora si no había otro remedio, pero que se acordase un poco más de los suyos, en lugar de despilfarrar su patrimonio gastando el dinero en excentricidades de tal naturaleza que ponían los pelos de punta a sus presuntos herederos.

Hacia seis meses que, cansada sin duda de vivir en el país de los rascacielos, y sintiendo deseo de ver otros horizontes, había decidido cruzar el charco y darse un paseo por Europa. Las barbaridades que en el Viejo Mundo había cometido aquella buena señora, no eran para desearlas. La Prensa de todos los países se había

ocupado de ella, unas veces para censurarla acerbamente, otras para presentarla como un caso típico de americanismo bien por bien, como si en el país del dólar todos fueran tan locos como ella. Los Estados Unidos habrían podido entenderse pero habían optado por no hacerlo. Su susceptibilidad no había llegado a tal extremo. Se habían limitado a entorpecerle de hombros, y a pensar que si Mary Jane había tenido la fortuna de haber visto morir sucesivamente a sus tres tíos carnales, solterones los tres y millonarios, instituyéndola su única heredera, bien podía pagarse el lujo de hacer que la Prensa y los psiquiatras se interesasen por ella.

Precisamente ahora, con motivo de su regreso a los Estados Unidos, la Prensa de aquel país, siempre tan sensacionalista, hablaba de Mary Jane mucho más de lo que había hablado ninguna Prensa europea. En cuanto a los psiquiatras, ya se habían preocupado sus parientes de movilizarlos a todos para esperar su llegada, y determinar si después de las locuras que había cometido la buena señora allende el Atlántico, convenía que anduviese suelta. Una comisión de doctores, los más eminentes de Norteamérica, la esperaba a su llegada, confundidos entre sus innumerables parientes, a fin de que la excéntrica señora no les mandase a paseo desde el primer momento.

Llegó Mary Jane a Nueva York en uno de esos lujosos paquebotos que construyen las grandes casas navieras para recreo de los millonarios y pasó pic en tierra acompañada de su fiel perro Aubrey y su no menos fiel criada Ana. En el muelle la esperaba una nube de periodistas, reporteros, fotógrafos, etc., dispuestos a hacer una entrevista y el mayor número de fotografías posibles. La llegada del mundismo Al Capone no habría armado más revuelo.

Mary Jane había sido joven, y es de suponer que no había sido fea, pero ahora había dejado de ser ambas cosas y tal vez por eso le tenía un santo horror a la fotografía. Desde hacía mucho tiempo iba siempre tomada con un sombrero negro, de alas anchas, de las que cubren un tupido velo que no permitía al siquiera adivinar las facciones que se ocultaban tras del mismo. Tocada de esta guisa descendió del vapor, burló la vi-

glancia de los ilustres señores de la Prensa, subió a su carruaje y llegó a su casa, acompañada de Aubrey y de su fiel amigo Peter Smith, administrador probó y leal de su magnífica fortuna.

En la suntuosa mansión que ocupaba la señora en la Quinta Avenida, la esperaban sus innumerables parientes, los psiquiatras de marras y los criados. Para estos últimos fue el saludo más cordial de la señora, para los parientes el gruñido más significativo, y para los psiquiatras la mirada más pulverizadora de su vasto repertorio. A pesar de ello se sometió de buen grado a las capciosas preguntas que los sabios galenos se creyeron obligados a hacerle para saber a qué grado de enajenación había llegado la mente de la buena señora. Empezaron por pedirle cuentas — de un modo muy velado y discreto, desde luego — de todas las innumerables locuras que había cometido durante su breve permanencia en Europa. Una de ellas, la más gorda de todas, era la de haber adquirido para ella y su perro, todas las localidades de la Scala de Milán, una noche de gala...

—Y qué hay de particular en ello? — gruñó Mary Jane al ser interrogada.

—Señora, comprenderá que cometer un acto de tal naturaleza cuando hay tantas personas en el mundo que se mueren de hambre es ofender a...

—¿Ofender a quién? ¿No era más el dinero? ¿Es que acaso habría remediado algo no haciéndolo? ¿Es que acaso mi querido Aubrey no merece la dicha de poder dormirse unas noches al son de la música de «Tristán e Isolda»?

—Señora, comprenderá usted que la música de Wagner es demasiado elevada para que sirva de canción de nora a un perro...

Siguió la enumeración de las locuras y a cada una encontró Mary Jane un argumento para rebatir las acusaciones que pretendían lanzar sobre ella, hasta que cansada de ver el juego de sus parientes, empeñados en atraparla en un renuncio para poder declararla loca, y por ende incapaz de administrar su fortuna, montó

en colera, cosa que, a decir verdad, no le costaba mucho trabajo y mando con viento fresco a sus allegados, a los señores pastores, a los criados, a todo el mundo, menos a su perro y a su abnegada criada Ana, mucho más fiel todavía que el regañón de Aubrey.

Al día siguiente, la Baxter sorprendió a su administrador y a su criada con una noticia capaz de hacer vacilar la fe que ambos tenían en la integridad mental de su señora, a pesar de sus muchas excentricidades. Con el plazo de fin de que Ana no tuviera que ir a pastar a su querido Aubrey, cosa que era siempre motivo de disgustos por ambas partes, había decidido comprar un solar vecino a su casa en la Quinta Avenida, que costaba la friolera de UN MILLON DE DOLARES! Así el perro podría vivir y pasear tranquilamente sin molestar a nadie. Mandaría construir unas jardinetas, una casa con todo el confort moderno...

Ana y el administrador se miraron aserrados. Si su señora no acababa en el manicomio sería un verdadero milagro.

Pocos días después la Prensa de Nueva York publicaba en primera plana y a grandes titulares la sensacional noticia:

MARY JANE BAXTER, LA MULTIMILLONARIA EXCENTRICA, COMPRO UN SOLAR EN LA QUINTA AVENIDA PARA CONSTRUIR UNA VIVIENDA PARA SU PERRO.

Los comentarios a esta noticia fueron de todos los calibres. Abundaban, como es lógico, los adversos. Quien más, quien menos, todos se creían con derecho a censurar la última excentricidad de Jane. Los diarios extremistas aprovecharon la circunstancia para publicar una serie de artículos dedicados a atacar con sana el afementido capitalismo, presentando a la Baxter poco menos que como un monstruo de insensibilidad y crueldad, mercedora de la horca por dedicar un millón de dólares a la compra de un solar para un perro cuando había tantas pobres gentes muriéndose de hambre en el vasto mundo. El retrato del infeliz can, cansado pro-

cedente de aquel revuelo, fue publicado en la primera página de todos los periódicos y revistas de Norteamérica en todas las posturas imaginables, como si en lugar de un chuchito se tratara de una primera víctima de revista. La señora Baxter estaba indignada. ¿Que en lo sucesivo no podría hacer nada sin que los endiablados cañeros de Prensa se metieran con ella? ¿Acaso no tenía derecho a hacer con su dinero lo que le diera la gana?

CAPITULO II

Allí, en los bajos fondos de Nueva York, en un barrio de las mas populares, habitado casi exclusivamente por extranjeros, el temerario MORTON, siciliano de origen, y su amigo TONY, de nacionalidad italiana, barbero de profesión, a quien sus intinos mantenían carnosamente Tony, comenzaban indignados la noticia. Tony era el ejemplar más avanzado de bondad que habría podido encontrarse en todo Nueva York y se, vez en el mundo entero. Era uno de esos seres venidos al mundo para ser buenos y hacer mas que muchos. Había llegado a Nueva York veinte años antes, con una sola maleta y unos cuantos centavos en el bolsillo, con la ilusión de hacerse pronto millonario y regresar a su querida Italia, pero hasta el momento presente, lo unico que había logrado era ejercer su profesión de barbero, casarse, tener dos hijos, educar, y adoptar cuatro niños más —unos porque se habían quedado huérfanos, otros porque los padres que los educaban al mundo se habían olvidado lamentablemente de ellos— y traer una amada con el tiempo, como le llamaba él, a su compañero Morton. En su mesa se hallaban diariamente la comidita apañada, con la que un italiano que se estreme no puede hacer una buena comida, y algunas postales de su bello país esmeradas por las vacaciones. Venecía con sus gondolas, su puente de los suspiros, sus palacios de las Lux, Nápoles con el Vesuvio, las ruinas de Pompeya, Roma con su Coliseo, sus monumentos, la Catedral de San Pedro. Cuando el pobre Tony sentía la nostalgia de su patria miraba melancólicamente las vistas aquellas, co-

min luego un buen plato de spaghetti y quedaba como nuevo.

Los hijos verdaderos de Tony y los adoptivos se confundían de tal modo que no se sabía dónde terminaban las primeras y daban comienzo las segundas. Quiero esto decir que por todos ellos el barbero, trabajador y abnegado, se sentía capaz de desahogar el mundo para alimentarlos y hacerlos hombres. Por cierto, que su octo derecho era precisamente uno de sus hijos postizos, el pequeño Charlie, huérfano de padre y madre, que a consecuencia de una operación desahartada andaba un poco cojo.

La mañana del mismo día en que la publicación de las genialidades de la señora Baxter había despertado la indignación de Tony y su amigo el germano, el pequeño Charlie había sido llevado por sus hermanos adoptivos, Floie y Elsie, a dar un paseo por el parque en un Ford desvenajado y valeducinario, propiedad de Tony.

También la señora Baxter había salido a tomar el sol, mejor dicho, a hacerle tomar el sol a su querido Aubrey, en su magnífico landó (detestaba los automóviles). Corría el coche por las hermosas avenidas de Park Lane, llevando la preciosa carga de la anciana y su famoso can, cuando a éste se le ocurrió estirar el hocico y poner cara fofo. Bastó esto para que su entrañable dueña ordenase inmediatamente al cochero emprender el viaje de regreso a casa. Así lo hicieron, pero apenas habrían andado dos pasos cuando vieron que un Ford, conducido por unos chiquillos inexpertos, se les echaba encima. Eran los chicos de Tony que estaban haciendo estuosos intentos para detener el coche sin conseguirlo. Gracias a una rápida maniobra del cochero pudieron evitar el encontronazo, pero los caballos de la Baxter se encabritaron y echaron a correr como alms que lleva el diablo, sin parar mientes en que, con la violencia del arranque, habían hecho salir disparada a la ocupante del coche, que fué a parar con toda su humilidad a, duro suelo. El perro, al ver a su dueña desaparecer tan rápidamente, saltó del coche por la parte trasera, y corrió hasta encontrarla tendida en medio del paseo, pálida e inmóvil, como muerta.



Le ofreció una fuerte suma de dinero si lograba convencer a la vieja...



...abandonando su asiento, corrió hacia la señora Baxter, para abrazarla.

Los inocentes causantes de la catástrofe no tardaron en llegar junto a ella y al perro, que aullaba lastimeramente. El pequeño Charlie se inclinó sobre el cuerpo de la desmayada, mientras Flossie y Blakie discutían si debían llevarla o no en su coche a casa. El segundo sostenía que debían prestarle auxilio mientras que el primero, mucho más egoísta, era de la opinión de desaparecer rápidamente antes de que apareciera la policía y les armara un trépano por lo que habían hecho. Prevaleció el criterio de Blakie, apoyado por el pequeño Charlie cuyo sensible corazón no podía menos de sentirse conmovido ante la desgracia, y decidieron cargar con la señora y meterla dentro del Ford. Les costó un trabajo imprevisto, porque la Baxter pesaba lo suyo, pero finalmente lo consiguieron, y se encaminaron a casa con la preciosa carga.

Una hora después la señora Blakie volvía en sí de su desmayo y abriendo los ojos preguntaba extrañada:

—¿Dónde estoy? ¿En qué antro inhumano he ido a parar?

Tony y su colección de hijos que rodeaban el lecho donde la habían tendido cuidadosamente, se creyeron en el deber de sentirse indignados ante el comentario poco favorable de la accidentada.

—En primer lugar le diré a usted, señora, que no está en ningún antro inhumano, y en segundo lugar me permitirá advertirle que se encuentra usted en casa del peluquero Tomás Paredi, y éstos que me rodean son mis hijos que la han salvado a usted de una muerte cierta.

—Está bien, pero como yo no tengo ningún deseo de permanecer en su casa, permítame que me levante y me marche — repuso la señora Baxter de mal talante.

Pero no contaba la irascible señora con el tobillo que se había dislocado al caer del coche, y que ahora, al intentar levantarse, la dolía horriblemente, tan horriblemente que ella y el pobre Charlie, que había intentado sostenerla, cayeron al suelo. Acudieron todos a levantarse y la excéntrica millonaria tuvo que resignarse a permanecer en el humilde lecho de la no menos humilde casa del peluquero Tony.

Entretanto, en casa de la millonaria, los cocheros que, gracias a la rápida intervención de los policías a caballo,

habían logrado detener los auyos escabridados y volver al palacio de la Quinta Avenida, eran sometidos a un duro interrogatorio de parte de la policía que había acudido a la casa. Todos los familiares de la señora se hallaban allí reunidos. La cosa no era para menos. Si «señaladoras» pariente había desaparecido misteriosamente. Ella y el perro, porque claro está no podía desaparecer la una sin el otro. El pobre cochero no podía decir más aún que cuando retrocedieron para ir al encuentro de la señora, ésta no se hallaba en ninguna parte. Nada, ni rastro de ella.

Aquella noche los periódicos neoyorquinos hacían su agosto publicando la sensacional noticia:

MARY JANE BAXTER, LA EXCÉNTRICA MILLONARIA, HA SIDO SEQUESTRADA. SUS PARIENTES OFRECEN LA SUMA DE DIEZ MIL DÓLARES A QUIEN DESCUBRA SU PARADERO Y LA DEVUELVA VIVA O MUERTA.

—«Mejor muerta que viva» —habrían podido añadir, comentó la propia interesada cuando leyó el diario:— ¡Si os conocere yo, mis queridos parientes!

El bienestar de Tony estaba desesperado. ¡Máxima complicación había venido a traerle aquella señora! Porque no eran sólo los parientes los interesados en descubrir el paradero de Jane Baxter, sino también la policía. Hacía tiempo que esta había decidido perseguir asiduamente a los antiguos gangsters que, desde la abolición de la ley seca, se dedicaban a la productiva tarea de secuestrar a todo bicho viviente que pudiera pagar un millón de dólares por su rescate. La frecuencia con que se producían los secuestros y la impunidad en que algunos de ellos habían quedado, había decidido a la policía a actuar de una manera rápida y eficaz. Esto no impedía que cada semana se produjera un nuevo secuestro sensacional. Ahora le había tocado el turno a la vieja excéntrica. Y como era un pez gordo, gordo habría de ser, también, el castigo que recaería sobre los culpables caso de que llegaran a descubrirse.

Lo primero que hizo el pobre Tony fue acercarse al

lecho de la presunta «sequestrada» y pedirle por todos los santos del martirologio que abandonase su casa. Pero la vieja aquella debía ser una mujer caprichosa, acostumbrada siempre a hacer su santa voluntad, porque se empeñó en no irse y no había medio de convencerla. Más aún, al insistir Tony amenazándola con ir a denunciarla a la policía, la vieja hecha un basilisco, le amenazó.

—Si usted hace esto dire que me han secuestrado, y que ahora, al leer la Prensa, se han asustado por la responsabilidad en que incurrían y han decidido recurrir a una medida para librarse del castigo.

—Pero señora, no comprende usted que...

—Yo no comprendo nada. He dicho que me quedo y me quedo. Quiero ver cómo acaba todo esto. Me aburría terriblemente desde que había regresado de Europa y ahora empiezo a divertirme.

—Señora, sea usted buena, ¿no ve usted que me compromete? Si la policía descubre su paradero no habrá nadie capaz de convencerla de que no hemos intentado secuestrarla. Necesitan una cabeza de turco y yo seré el escogido. Señora, márchese usted. ¡Se lo pido por lo que más quiera en el mundo! Por este perro tan mono que deseara a los pies de la cama. ¡Váyase, no me compique la vida! Píense en mis chambinos. ¡Qué harán los pobres si me detienen y me llevan a la silla eléctrica acusados de secuestro?

Pero la señora Baxter no tenía la menor intención de marcharse. Fue en vano que el italiano intentase pulsar su fibra sensible. La excéntrica millonaria hacía mucho tiempo que había perdido la costumbre de obedecer y doblegarse a los deseos de los demás. Había prometido no salir a la calle, quedarse quieta en la casa, para no comprometer al peluquero, ¿qué más quería éste?

Los días que siguieron al del accidente, no fueron menos accidentados para Tony y los auyos. La señora Baxter se había construido en huéspedes honorarios de la casa... ¡y qué huéspedes! Dios santo! Exigente, gruñona, regatona, autoritaria... No le gustaban los spaghetti y el pobre italiano tenía que darse prisa para preparar el plato fa-

vorito a cada momento. No le gustaba nada. Todo le parecía malo y despreciable. Acostumbrada al lujo y a las comodidades de su mansión, la humilde casa del barbero le parecía un tugurio.

Y, sin embargo, nadie, ni el mismo Tony, a pesar de las molestias que la llegada de la vieja había ocasionado, podía llegar a odiarla. Sería tal vez porque aquellos seres que rogarían al barbero se habían contagiado de su bondad. Sería porque la presencia de la vieja cascorrumba, además de ser un motivo de inquietud, lo era también de distracción, lo cierto es que los muchachos, y sobre todo, la gentil María, la hija mayor de Tony, una hermosa joven de dieciocho años, y Charlie, el pequeño huérfano, le habían demostrado desde el primer momento un gran afecto, procurando complacerla en todo y limando asperezas, cada vez que surgía entre Tony y la abuelita un cenasto de riña.

Poco a poco, el ambiente de aquel hogar humilde fue entrando en el corazón de Mary Jane. No quería ella reconocerlo ni mucho menos aceptarlo, pero era así y nada podía hacer contra aquel sentimiento de ternura que se apoderaba de ella cada vez que las frescas mejillas de María se acercaban a las suyas, para besarla, y sobre todo, cuando el pequeño Charlie la pedía que fuera a acostarle y luego se veía obligada a inclinarse sobre él para darle un beso de despedida. La dulce charla del chiquillo la transportaba a un mundo mejor, que ella no había conocido nunca. Le contaba el lisadito como su padre y su madre habían muerto con pocos meses de intervalo, y cómo Tony, que era su vecino, después de hacer lo humanamente posible para salvarlos, le había adoptado, de la misma manera que había adoptado también a los otros. Le contaba las ternuras de padre que el buen italiano tenía para con todos ellos, la voluntad que ponía en su trabajo para que pudieran salir adelante. Jane Baxter, acostumbrada a toda clase de desfilafarrs, veía cómo cada día el bienestar de Tony se mataba a trabajar para poder proporcionar a su numerosa familia el pan cotidiano, cómo contaba hasta el último céntimo, cómo las manos juveniles de María hacían prodigios en la cocina, en la casa, en todo... ¡Qué mundo tan distinto del que ella había conocido! ¡Qué moral tan distinta la

de aquella familia, y la de los parientes que estaban dispuestos a dudar la suma ofrecida a la persona que descubriese el paradero de su tía, por la única razón conmovedora de que si no lograban dar con ella deberían esperar siete años a heredarla...

Fueron pasando los días. Los ojos escrutadores de la señora Baxter vieron muchas, muchas cosas. No solamente la inagotable bondad de Tony, porque esto lo veía un ciego, sino también otras intimidades, un pequeño drama que empezaba a incubarse en el seno de aquel hogar. El gentil María y Blake, el grandullón de Blake, hijo adoptivo de Tony, estaban enamorados, pero a Blake no gustaba tanto de trabajar como su padre adoptivo. Este quería que aprendiese la profesión de peluquero de señoras, pero Blake no se resignaba a la idea de pasar el día manoseando cabelleras femeninas. Tenía otras aspiraciones... Aquel barrio heterógeno en que vivían tenía la culpa de que la conducta de Blake no fuera la que María habría deseado. El muchacho había escogido malas amistades. Abundaban allí los jóvenes como el que habían visitado alguna vez el tugurio del vándor tal o cual, quien les había ofrecido fuertes sumas de dinero sólo para que les ayudasen a hacer trabajos sin importancia. Blake había resistido hasta entonces pero le parecía en peligro, y empezaba a declinar insensiblemente por ella...

Ultimamente habían tenido una discusión él y su novia por aquel motivo, y María había roto sus relaciones. Mientras continuase con aquellos amigos volviendo a las tantas de la madrugada y empeñado en no querer seguir el oficio que su padre le había designado, que no contase con ella para nada, para nada...

La señora Baxter se había puesto al corriente de todos aquellos pormenores. Había visto también que el pobre Tony, embebido en su trabajo estaba en la higuera, como vulgarmente se dice, y que no se daba cuenta de nada. Energía como siempre, decidió ser ella la que actuase en substitución del padre y pusiese un poco de orden en todo aquello. No contenta con haberse hecho útil para los trabajos domésticos ayudando a María en los quehaceres, quería ahora ayudarla también en su

conflicto espiritual. ¡Pobre chiquilla, tan gentil, tan hercandosa, tan buena! Era merecedora de mejor suerte que la que pretendía ofrecerle aquel perillán, pero estaba enamorada de él, y era necesario que éste entrase en vereda.

Una noche, los dos jóvenes, que desde hacía unas días no se hablaban más que lo necesario para que Tony no se apercebara de la tirantez que habían entre ellos, habían salido a la azotea. Mary Jane, haciéndose la distraída, salió también, y sin darle importancia a la casa empezó a hablarles a ambos de su pasado. Les contó algunos episodios de su lejana juventud, y les habló de algo que casi tenía olvidado; de su primer amor que fue también el último.

—Me estás oyendo con la boca abierta y con cara de asombro, como si en estuviera contando un cuento fantástico. ¡Pues sí, señor, es verdad, bien verdad! Yo también he sido joven y también he tenido mis penillas de amor como vosotros...

Se acercó a María, que se había vuelto de espaldas para que no vieran las lágrimas que asomaban a sus ojos y le dijo cariñosamente:

—Lo sé todo; sé que te has enojado con él —y al decir estas cosas señaló al joven que al otro extremo de la azotea le lanzaba unas miradas capaces de derretir el hielo—. El otro día os oí hablar y discutir mientras él ensayaba sus habilidades de peluquero en tu cabeza, y tú le hablabas muy enojada por no sé qué malas compañías que le apartaban del camino recto. Es un poco loco, en verdad, pero buen muchacho. Perdónalo, no hagas como yo que no quise perdonar una vez y todavía me estoy arrepintiendo. Cuando era joven como tú, tuve unas dimes y diretes con él que entonces era mi prometido y no quise perdonar. Era yo entonces muy orgullosa, y lo peor del caso es que síro siéndolo. El también lo era... ya ves, ni el uno ni el otro quisieron ceder. Pasó el tiempo, la vida nos separó, pero ya no pude amar a ningún otro hombre, como él tampoco amó nunca a ninguna otra mujer...

—¿Y que se hizo de él?

Se apartó de mi lado y no volvimos a vernos. Hace

poco tiempo murió dejándome heredera de su inmensa fortuna, ¡a mí, que no lo necesitaba para nada...! Fui fiel a su primer amor, no quise casarme, me convertí en la vieja gruñona y antipática que habéis conocido, puse todo mi amor en este pobre Aubrey, soy Mary Jane Baxter, la excéntrica millonaria execrada por tanta gente. ¡Y todo por no haber querido perdonar a tiempo...! Y olvidado que él era bueno y se lo merecía.

Se volvió hacia Blake y le dijo severamente:

—Claramente no era como tú, perillán, que te mereces el enojo de María. Pero ya sé que la quites y ella también te quiere. Pídele perdón, prométele enmienda, deja las malas compañías, dedícate a tu honrado oficio de peluquero y todos quedaremos contentos.

Salió la buena señora y María y su prometido quedaron solos. Este se acercó humildemente a ella, le cogió una mano y murmuró más que dijo:

—Perdóname María, soy indigno de tu cariño, pero te quiero mucho...

La dulce sonrisa de su novia le dijo que su perdón estaba asegurado.

CAPITULO III

Desde el día aciago en que sus hijos le trajeron a su casa a la señora Baxter, el infeliz Tony había perdido el sueño. Se pasaba las noches con los ojos muy abiertos pensando en su crítica situación y en el modo de salir de aquel atolladero en que la buena fe de los muchachos le había metido. En lugar de tratar serenamente su situación y decidirse un buen día a presentarse a la policía para contarle lo sucedido, ni siquiera de la vieja excéntrica, le tenía completamente acobardado. Se veía acusado de asesinato, juzgado, condenado a la silla eléctrica... ¡Horror! El honrado barbero, no podía ya sentarse en uno de los sillones de la barbería sin tener la sensación de que se acomodaba en la silla eléctrica para ser achicharrado.

Aquella noche, el sueño se negaba también a cerrar sus párpados. Tenía un motivo más para sentirse temerosa. Y era que a su trascible huésped se le había antojado salir aquel día, faltando descaradamente a la promesa que le había hecho de no aparecer por la calle. Pero, ¿quién podía con ella cuando se le metía alguna idea en la mollera por absurda que fuese? Había querido ir hasta el buzón de la esquina, a echar una carta. ¿Se fijan ustedes? ¡Nada menos que echar una carta! Dígannme ustedes si no era para sentirse inquieto. ¿A quién habría escrito y por qué habría escrito? Gana de comprometerlo y nada más. En vista de que era imposible convencerla, él mismo se había brindado a acompañarla. La señora Baxter alegaba en su descargo que allí en el barrio nadie la conocía y en cuanto a las fotografías que publicaban los periódicos y que habrían podido servir para reconocerla, su rostro aparecería en ellas cubierto por el espeso velo negro con que cubría sus facciones siempre que salía a la calle, se entiende, cuando era la excéntrica millonaria, porque ahora salía bien satisfecha sin sombrero ni velo, vestida humildemente con un traje que había pertenecido a la difunta esposa de Tony.

Lo que el pobre barbero sufrió durante el trayecto hasta llegar al malhadado buzón, depositar la carta y volver precipitadamente a casa, no se para escrito. Por cierto, que la misma señora Baxter que había salido tan satisfecha y tranquila, llegó a inquietarse al oír las voces de los vendedores de periódicos pregonando su secuestro, con toda clase de detalles, y anunciando el hallazgo de tantas pistas distintas por parte de la policía, que de ser verdad, habría que suponer que la víctima del rapto poseía el don de la ubicuidad o sea, el de hallarse en todas partes a un mismo tiempo.

Regresaron a casa más muertos que vivos y la señora Baxter le prometió a Tony no volver a las andadas, pero esto no le había tranquilizado. ¿Quién le aseguraba que los habitantes del barrio que le conocían, extrañados al verlo transitar con aquella señora aneja no entrarían en sospechas y avisarían inmediatamente a la policía?

El miedo de Tony había llegado al paroxismo. Es-

taba ahora asustado, pero sin pagar oja y haciendo lo que acostumbra a hacer todas las personas cuando tienen una preocupación muy grande. Hablar solo; hablaba en voz baja, haciéndose toda clase de preguntas, que se respondía a sí mismo, comentando lo comprometido de su resolución, y formándose el propósito de acabar con ella.

Llamaron a la puerta. El corazón de Tony dio un vuelco. ¡Santo Dios! ¡Ya estaba allí, ya estaba allí la policía! Se levantó, salió precipitadamente del cuarto, abrió la puerta... Sí, era la policía, acompañada de Merkin. El traidor de Merkin, su falso amigo, que le había denunciado...

Pero no, no era verdad. Sus temores eran infundados. Merkin era incapaz de cometer una felonía semejante, entre otras razones porque ignoraba la presencia de la millonaria en casa de su amigo. Tony, se había cuidado de ocultárselo. Su temor a ser acusado de secuestro le hacía desconfiar hasta de su mejor amigo. Merkin venía, sencillamente, a presentarle a los dos agentes de la policía que habían sido encargados de buscar a la Baxter en aquel barrio. Toda la policía de Nueva York estaba ahora empeñada en aquella captura. ¡Ay de los raptores! Esta vez no escaparían de las garras de la justicia! Merkin y Tony debían colaborar con ellos en la tarea de descubrir la pista. Había fundados temores para creer que la señora Baxter no se hallaba muy lejos de aquel barrio, tal vez la tuvieran cerca, mucho más cerca de lo que ellos mismos sospechaban...

Si Merkin y los policías encargados de la tarea de descubrir a los raptores de la excéntrica hubiesen sospechado siquiera que los robadores que llegaban hasta sus oídos eran los de la presunta raptada, la tranquilidad del pobre Tony se habría acabado para siempre.

Tan aturrido estaba el pobre barbero, que al despedirse de su amigo y los dos policías se había empeñado en acompañarles hasta la esquina, sin fijarse en que iba en deshabillé y que su camisa de dormir no era ciertamente una prenda demasiado apropiada para transitar por la calle...

Pasaron los días, la señora Baxter seguía empeñada

en no querer marcharse, y en dejar que la policía de Nueva York la buscara infructuosamente. Ahora tenía un motivo más para mantener el incógnito. Los periódicos, que seguían ocupándose de su misteriosa desaparición, acababan de publicar la noticia de que él era desahuciado su paradero sería internado inmediatamente en un Sanatorio. Parece ser que los doctores habían determinado que su integridad mental dejaba bastante que desear. En una palabra, sus parientes habían decidido declararla loca para apoderarse de su fortuna... Permanecería, pues, calladita en casa de Tony en la que, dicho sea de paso, cada día se encontraba más a gusto.

Pero la fatalidad, en forma de perro, iba a encorvarse de complicar las cosas y dar al traste con su felicidad. La mayor preocupación de la familia del Italiano era mantener al perro de la señora Baxter en el más absoluto incógnito. El motivo no podía ser más fundado. El maldito can era uno de los chuchas más estrafalarios que diera jamás el reino canino, y su fotografía había aparecido tantas veces en las primeras planas de los periódicos, que su figura era ignorada en aquellas momentos solamente por los ciegos. En cambio, el rostro de la señora Baxter no habría podido comprometerse, ya que la única foto suya que había podido publicar la Prensa en la que aparecía con la cara descubierta, era una foto de su juventud, y había llorado mucho desde entonces. Pero el maldito perro... Por eso la preocupación de todos era impedir que nadie, absolutamente nadie, viera al can, que, por cierto, se había captado la simpatía de todos los de la casa.

Aquella noche los chicos de Tony habían decidido ir al cine, pero como la señora Baxter, olvidándose lamentablemente de la promesa hecha al barbero, se comprometió a acompañarles, hubieron de desistir para no perder el tiempo en discusiones inútiles. Se quedarían, pero entre todos organizarían una velada musical. Había que distraerse un poquito. No era cosa de irse a la cama inmediatamente... Píofo, el rubio y desgarbado hijo de Tony, que bailaba muy bien el claqué, haría una de sus exhibiciones. Blabie tocaría el ukulele. Fitos y María cantarían luego un slow fox, acompañados

al piano por la señora Baxter. En fin, algo así como un paso de revista casera...

Cuando más entusiasmados estaban bailando y cantando, apareció Merkin que venía a pasar la velada con ellos. Traía en la mano un periódico en el que aparecía, como es natural, la foto de la señora Baxter, cubierto el rostro con su espeso velo y el perro a su lado. Merkin había llegado a obsesionarse tanto por el secuestro, que se pasaba la vida buscando la pista de los secuestradores. Se había convertido en un detective amateur sin sospechar el pobre que cada vez que le mentaba el nombre de la millonaria a su amigo, era como si le pusiera un par de banderillas. Ahora había acudido allí para decirle que conocía un medio infalible para descubrir el rostro de la Baxter y una... ¡el de levantarle el velo que cubría el retrato! Tony no le mató porque no tenía vocación de asesino.

La señora Baxter le fué presentada como una pregunta tía de Tony, que había aparecido así de repente y no hubo más. Merkin, que no había aprendido todavía a sospechar de todo, como debe hacer un buen detective que se estima, creyó todo lo que le dijeron sus amigos y se dispuso a sumar su voz a la del concierto. Pronto estuvieron cantando todos a grito pelado una canción típicamente americana.

De pronto, el pequeño Charlie que había ido a la habitación de la señora Baxter a buscar un objeto, regresó pálido y desencajado, gritando:

—¡El can se ha ido, el can se ha ido!

Merkin miró a Tony con asombro. Tony miró a sus hijos con terror, y éstos se miraron unos a otros asustados. ¡Buena la habían hecho si Aubrey había logrado escapar! El perro venía a ser algo así como el cuerpo del delito. No hubo más remedio que hacerle creer a Merkin que aquello de «El can se ha ido», formaba parte de la letra de la canción. Un instante después el inocentón de Merkin cantaba a voz en cuello junto con los otros.

Cookie, cookie,
el can se ha ido.
Cookie, cookie,
el can se ha ido...

Blake salió disimuladamente y corrió en busca del chuchó. No faltaba más que esto. Que Aubrey se extraviase y fuera visto por alguien. Afortunadamente el perro, que había asitado por la ventana del cuarto de su dueño a la calle, no tuvo tiempo de iniciar sus acostumbradas correrías por el barrio, porque fue alcanzado pronto por Blake, no tan pronto, sin embargo, que no tuviese tiempo de ser visto por dos hombres que en aquel momento cruzaban la calle en automóvil...

Aquellos mismos hombres se hallaban al día siguiente afetándose en la barbería de Tony, cuando Aubrey, que por lo visto se había comprometido en comprometer al barbero, hizo su intempestiva aparición en la tienda. También esta vez uno de los hijos de Tony corrió a recogerlo, pero no sin que hubiera tenido tiempo de ser visto por los dos clientes que precisamente habían acudido allí por eso. El susto de Tony fue tan tremendo que por poco le secciona la fregular a uno de ellos.

Por cierto, que si lo hubiera hecho no se habría perdido nada. El hombre aquel era nada menos que Barton, el temible Barton, jefe de una banda de gángsters que se dedicaba a la fructífera tarea de robar, raptar y adepuar a los que se atrevían a hacerle cara.

Precisamente, desde que se enteraron por la Prensa del supuesto secuestro de la señora Baxter, andaban él y los suyos desasosegados, preguntándose quién habría sido el compinche que se les había adelantado, porque desde que los diarios habían anunciado el rapto de la señora Baxter a Nueva York, ellos habían venido planeando su rapto. La noche anterior, al ver casualmente al perro de la millonaria que se disponía a cruzar la calle y luego a Blake que lo cogía y lo metía en la casa, entraron en sospechas que ahora, la oportuna salida del perro les había confirmado.

Aquella misma noche, los hombres de Barton dieron el golpe, y la infortunada señora Baxter fue raptada esta

vez de veras. Cuando María, que tenía el sueño bastante ligero oyó un ruido y salió del cuarto para ver lo que había sucedido, encontró al pequeño Charlie tendido en el suelo y medio dormado. El chiquillo, que dormía en el cuarto de la señora Baxter, al darse cuenta del rapto, había querido gritar, se había levantado de la cama, y los gángsters le habían golpeado brutalmente, dejándole sin sentido. Nada más en la casa se había enterado de lo sucedido. Todos dormían a pluma suelta, hasta el infeliz Tony que, después de pasar muchas noches en vela, aquel día había corrido el sueño.

CAPITULO IV

Si, señora, Mary Jane Baxter había sido esta vez víctima de un auténtico secuestro. Los gángsters la habían conducido a una guarida alejada de la ciudad y estaban intentando inútilmente hacerla firmar un papel en el que se declaraba escuestrada y pedía a su administrador que entregase 500.000 dólares por su rescate. Pero no conocían Barton y los suyos el temple de su víctima. Nunca se habían encontrado con una escuestrada como aquella. Mujer más testaruda no la había en todo el globo terráqueo. Se había empeñado en no firmar y no firmaba así se hundiera el mundo. Eran inútiles las palabras conminatorias y las exigencias absurdas. Le habían dado a comer unos manjares excelentes y ahora se la antojaba pedir espárragos, caviar fresco, perdices... Hacía un día, tres horas y veintiocho minutos que estaban allí porfiando con ella, tratando inútilmente de convencerla de que firmase si quería evitar un mal mayor. La señora Baxter volvía a ser la excéntrica millonaria de antes. El cambio de carácter que se había operado en ella desde su llegada a casa e Tony había desaparecido, para dar lugar a su antigua irascibilidad. No había quien la doblegara, por muy gángster que fuese.

¿Qué sucedía en tanto en casa del barbero? La desolación más espantosa se había apoderado de todos. Hasta

Tony, que unos días antes habría dado tal vez la mitad de su vida por perder de vista a su huésped, estaba ahora disgustadísimo sin querer. Lo había tomado también cariño a la buena señora.

El que parecía más preocupado era Blake. Desde el día del secuestro no había abierto boca. Estaba tan aplazado, tan pensativo, que su novia llegó a inquietarse. Y es que el muchacho sabía, o por lo menos sospechaba, donde se hallaba la anciana y estaba decidido a ayudarla, costase lo que costase.

Desde la noche en que Mary Jane Baxter había abierto su corazón a María y su novio, contándole su pasado para que les sirviese de ejemplo y gracias a sus atinados consejos la hija del barbero había perdonado a Blake, éste no había vuelto a frecuentar las malas compañías que habían pretendido arrastrarlo poco a poco por la pendiente del robo y del crimen. Barton, que sabía la utilidad que podían reportarle los juveniles, tenía extendida una red de compinches cuya tarea era la de atraer a los muchachos débiles de carácter como Blake. Esta vez habían fracasado sus malas artes. Blake, se había alejado de ellos, después de haber estado a punto de claudicar, pero ahora iba a volver, porque era necesario. El muchacho tenía la casi seguridad de que Barton era el autor del secuestro. No podía ser otra. Era el que con más exactitud podía operar en aquel barrio, porque lo conocía palmo a palmo.

Cuando Barton recibió la visita del muchacho, a punto estuvo de romperle la cara, pero cuando éste le contó las circunstancias en que la señora Baxter había ido a casa del barbero, comprendió que no habían querido hacerle la competencia, y se dispuso a sacar el mejor partido del joven. Le ofreció una fuerte suma de dinero si lograba convencer a la vieja de que firmara el dichoso documento, y Blake aceptó. Le bastaría con decirle dos palabras para que la frangible señora Baxter se volviera más suave que un guante.

Llegaron a la casa de las alpuerzas de la población, en donde los gángsters tenían establecida su guarida. Barton y Blake entraron, y apenas la señora Baxter había teni-

do tiempo de asombrarse al verlo llegar con el gángster. Blake le dijo rubiosamente:

—Puede usted estar contenta, vieja del diablo. Por su culpa Tony y los suyos están en la cárcel. Ha habido un lío con la policía, se han enterado de que usted ha estado todo este tiempo en casa, y no ha habido modo de convencerlos de lo contrario. Si usted quisiese firmar este maldito papel de rescate, una vez pagado éste la soltarían en seguida y usted podría aclarar las cosas. Si no lo hace, la strimarrán a usted y luego el pobre Tony sufrirá las consecuencias...

Un instante después, la infeliz anciana, hecha un mar de lágrimas, firmaba el documento. Lo habría firmado todo, hasta su sentencia de muerte si hubiera sido necesario, con tal de que dejasen libre a aquella santa familia que ella quería tanto.

Con el famoso documento en el bolsillo, Barton y Blake se dispusieron a regresar a la ciudad. Apenas habían llegado a los suburbios, Barton quiso telefonar a su compinche diciéndole que ya tenía el documento. Entró en una cabina de un bar y ordenó a Blake que le aguardase. Así lo hizo el muchacho, pero de repente, le vinieron a la memoria las últimas palabras que Barton había pronunciado al despedirse de los guardianes de la Baxter.

—Si os enteráis de que las cosas nos han ido mal, despachare a la vieja.

En el argot de los bandidos, aquella palabra tenía una significación siniestra. Quería decir: ¡matadla!

El terror se apoderó de Blake al pensar que podrían ocurrirle algo a su querida anciana y le hizo cometer una imprudencia. Se metió en la cabina vecina, descolgó el auricular y se dispuso a hablar con la policía. Hablaba en voz baja pero no tanto que el fino oído de Barton no alcanzara a oírlo. Saló el gángster precipitadamente de su cabina, entró en la de Blake y antes de que éste hubiera podido impedirlo le descerrajó un tiro. El muchacho cayó al suelo y el gángster aprovechó la confusión del momento para huir.

Afortunadamente la herida del joven era leveísima. Una rozadura en el brazo, que sangraba abundantemente. Negándose a ser curado, se dispuso a correr en auxilio de la señora Baxter, temeroso de que su imprudente afán de salvarla pudiese haberla perjudicado. Subió al coche con la policía y acompañado de un buen número de agentes se dispuso a llegar hasta la casa donde los gángsters retenían a la semiesclava. Blake se había fijado bien en el lugar donde estaba emplazada la casa. Haciéndose el distraído había observado el camino, cuando iban él y Barton hacia ella, dispuesto a sacar partido de aquella contingencia.

Los campinches de Barton encargados de vigilar a la secuestrada, estaban bien lejos de imaginar la celada que les venían preparando. Jugaban tranquilamente, porque la endemoniada vieja que tenían a su cuidado, empeñada en meter la nariz en todas partes, iba de uno a otro, mirándoles las cartas, aconsejándoles tirar ésta o la otra, y no consiguiendo otra cosa que desbaratarles el juego. ¿Cuándo se dormiría a irse a dormir, dejándoles en paz? Iban ya las once de la noche. Buena hora para que se fuera a descansar. De todas maneras, aquella era la última noche que pasarían al cuidado de la vieja, ya que si pagaban el rescate la soltarían al día siguiente, y si no lo pagaban...

Nunca es tarde cuando la dicha es buena. Por fin, se decidió la vieja a ir a acostarse. Por cierto, que lo había decidido de súbito, cuando más dispuesta parecía a seguir dándoles la lata. Se retiró lentamente hacia su cuarto, les dio las buenas noches y cerró la puerta. Los gángsters siguieron jugando tranquilamente sin pensar que alguien mucho más molesto que la señora Baxter iba a estorbarles bien pronto la partida.

Apenas la puerta de su cuarto se había cerrado, Mary Jane corrió hacia la ventana. Un minuto antes desde la habitación contigua, cuando se dedicaba a molestar a sus secuestradores con toda la mala intención del mundo, había creído ver asomar a la ventana de su cuarto, el rostro de Blake. Se acercó vacilante, temerosa de ser víctima de una ilusión óptica, pero no era así. Allí estaba



— Es por mí, que ha hecho un donativo de diez millones de dólares — exclamó Charlie.



Cada mañana salen de paseo la familia entera, con la Sra. Baxter y su hijo Aubrey.

Blake; su querido muchacho, recomendándole silencio, e invitándole a salir por la ventana. No corta ni pericores se apresuró a obedecerla. Le costó un gran trabajo, porque estaba muy gruesa y a sus alics no estaba ya para aquellos trotes. Apenas había tenido tiempo de poner pie en tierra cuando los bandidos, que habían oído un ruido sospechoso, abrieron la puerta de su cuarto y al pronto se dieron cuenta de que el pajarero se les estaba escapando. La que se armó entonces no es para describirla. Jamás, ni en las películas de gángsters, había oído la señora Baxter tantos tiros a un tiempo. No perdía, empero, la serenidad y comprendiendo que si no procuraba apartarse un poco de aquel fregado, alguna bala perdida iría a parar sobre ella, levantó la tapa del asiento trasero del carruaje, el llamado vulgarmente «por ahí la pudiese», y se introdujo en él con toda la rapidez que le permitieron sus modios, encerrándose allí.

En aquel mismo coche montaron los gángsters, después de haber herido nuevamente al pobre Blake que cayó al suelo y hubo de ver cómo los bandidos se alejaban, impotente para retenerlos...

Entretanto, ¿qué se había hecho de la pelieta que acompañara a Blake? ¿había desaparecido misteriosamente. Tal vez se habría asustado al oír los tiros...

Los bandidos huían. Corría el auto veloz por la carretera, dejando atrás árboles y casas. Ahora no les cabía la menor duda de que había sido descubierta su guarida y lo mejor era poner tierra de por medio. Llegaron a un recodo del camino. En el centro de la carretera había un camión, que despertó las sospechas de los fugitivos. Descendieron del coche y entregaron al chofer que con las precauciones debidas se acercará al carruaje y viera si presentaba algún aspecto sospechoso. Este obedeció y cuando llegó al lado del camión retrocedió y el conductor dijo a sus compañeros:

—Podéis subir tranquilamente. Es un coche abandonado. Debo hacer sufrir una avería...

Un instante después, en el mismo momento en que los gángsters pasaban junto al camión abandonado, este se

abrió misteriosamente, como por arte de magia, dejando ver en su interior una docena de policías armados con ametralladoras, que empezaron a hacer fuego contra los fugitivos, que no tardaron en rendirse. Mientras tanto, la señora Baxter seguía en el épor así te padrez, chillando inútilmente, porque nadie la oía. Cuando al fin se dieron cuenta de su presencia y la sacaron de allí la buena señora tenía el cuerpo helado y la cabeza llena de chichones.

EPÍLOGO

Tres meses después de estos sucesos volvemos a encontrar a nuestra buena amiga, convertida en huésped de un asilo de enfermos mentales. Los parientes de Mary Jane Baxter, la excéntrica millonaria, se habían salido con la suya. Habían conseguido encerrarla, pretextando su incapacidad mental. Pero la Baxter estaba entonces más cuerda que nunca, muchísimo más cuerda de lo que había estado en su vida; y tenía además unos buenos amigos dispuestos a no permitir que se cometiera con ella la enorme injusticia que le habían preparado. Era por eso por lo que aquella mañana se encontraban reunidos en el Tribunal de Justicia la presunta loca, cuidadosamente custodiada por dos enfermeras, la familia del barbero en pleno, sin faltar ni uno solo, y la de la Baxter, sin faltar ni uno solo tampoco. Se trataba de dilucidar el mayor o menor grado de enajenación mental, que sufría la señora.

Ya habían desfilado los testigos contrarios, todos comprados a buen precio por los parientes de la millonaria, a cuenta del dinero que no tardaron en administrar si, como era de esperar, ésta era declarada incapaz de regirse por sí misma. Todos habían afirmado haber sorprendido a la Baxter en algún acto demostrativo de su locura, que si bien hasta ahora no había pasado de patifias, podía cuando menos se lo esperasen, pasar a la

categoría de agresiva. Todos habían dicho unas mentiras como una casa, sin que la señora Baxter se hubiese dignado protestar. Ahora le tocaba el turno a los testigos favorables de su causa.

La primera en ser llamada a declarar fue la fiel criada Ana. Se presentó ante el tribunal horqueando y jurando que su ama era más cuerda que todos los allí reunidos, y que lo único que podía echárselo en cara eran sus excéntricas ideas. Mas Ana, afirmó que si la señora Baxter era declarada loca, tendría que quedar sin efecto, una acción caritativa que podía reportar un gran beneficio a la sociedad. Preguntada sobre el particular, se dispuso de buen grado a declarar.

—Cuando la señora Baxter se hallaba en casa de Tony me escribió una cariñosa carta revelándome su paradero y pidiéndome que no se comunicara a nadie. En ella me decía que se sentía feliz como nunca lo había sido, y que a sus dos hermanas de haber recibido aquella carta hubiera pasado un donativo suyo de DIEZ MILLONES de dólares para obras benéficas, especialmente asilos para niños huérfanos...

En señal de expectación se dejó oír en la sala. Los parientes de la señora Baxter se miraron unos a otros aterrados e indignados. ¿Pero es que aquella bienaventurada mujer se había empeñado en mantener sus planes? ¿Acaso no era aquella la prueba más evidente de su locura? ¡Diez millones de dólares para los asilos, con la falta que les estaba haciendo a cada uno de ellos una cantidad semejante! Tony y los suyos, en cambio, palmotearon satisfechos y habrían sido capaces de lanzar un hurra para la señora Baxter si el juez no les hubiera llamado al orden. Un instante después, se retiró Ana, no sin haber hecho un brillante alegato en favor de su señora, que desde su sitio la miraba con expresión benévola, y la familia del barbero fue llamada a declarar. Tony fue el primero. La señora Baxter, que recordaba las raquetas que por su culpa había pasado el italiano, le tenía un poco de miedo. Le miró, pues, con aire suplicante, pero en seguida se tranquilizó. El rostro de Tony revelaba un alma

bueno y noble, incapaz de albergar un sentimiento rencoroso.

—La gente dice que Mary Jane Baxter está loca y yo que la conozco muy bien os aseguro que jamás vi una persona más cuerda en mi vida. Nunca, durante el tiempo que permaneció en casa, cometió ni un solo acto que pudiera dar lugar a dudar de su integridad mental. Hasta su mismo empeño de permanecer oculta cuando se la creyó víctima de un secuestro, cosa que sin necesidad —párese—, sus parientes, querían presentar como prueba evidente de su segura dominación más que nada que su esposa regia y rige a más eficientemente posible. ¿Ven lo que ha sucedido? Apenas ha sido encontrada se han apresurado a internarla en un sanatorio, después de haber comprado la complacencia de doctores, enfermeras y todos estos testigos que han dentado por este tribunal diciendo una serie de insidias. Acusados hechos convivido con ella y juramos y perjuramos que no está loca.

—No, señor, no lo está —gritó Blake, que repuesta ya de las graves heridas recibidas en defensa de la señora Baxter salta aquel día por primera vez a la calle—. No lo está. Ha estado siempre en su sano juicio. Gracias a sus buenos y acertados consejos yo me convertí en un modesto trabajador, en lugar de dejarme arrastrar por las malas compañías.

—¡Sí, señores! —afirmó Maria levantándose y mirando firmemente a la señora Baxter a través de las lágrimas que humedecían sus hermosos ojos—. Fue ella la que con bondad sin límites me devolvió a Blake. ¡Es muy buena, muy buena, y no está loca, no lo está, no lo está!

—Mis hermanos tienen razón —chilló el rubio y desgarrado Phebe, levantándose y accionando cómicamente—. A mí hasta me saca las calcetines, y yo se lo agradezco mucho aunque después no pudiera meter el pie en ellos...

—A mí me acompañaba siempre a la cama y me hacía rezar mis oraciones y luego me besaba, y me permitía que la llamase abuela — alzó el pequeño Charlie abandonando su asiento y corriendo hacia la señora Baxter para abrazarla, sin hacer caso de las conminaciones del juez que le ordenaba estar quieto.

Aquel acto espontáneo del chiquillo conmovió a la señora Baxter, que hasta aquel momento había permanecido serena y digna. Dos grandes lagrimones se escaparon en sus ojos y cayeron lentamente por sus mejillas pálidas y arrugadas. Charlie, su Charlie, su nieto, aquella criatura a quien había prodigado toda la ternura oculta que ardeaba en su corazón ávido de cariño, allí en su defensa brillantemente, corriendo hacia ella, arrastrando su piernita lastimada, como diciendo:

—Ya lo véis, es por mí, por mí por quien la excéntrica millonaria ha hecho el donativo de diez millones de dólares. Para que otros muchachitos como yo sean atendidos debidamente y no tengan que sufrir las consecuencias de una operación desastrosa. Es por mí, a quien quiere mucho más, muchísimo más que a su perro Aubrey, que vosotros habéis tomado como piedra de escándalo para desacreditarla.

Los parientes de la señora Baxter estaban perdiendo la partida. El pequeño Charlie, en cambio, la estaba ganando, mejor dicho, la estaba ganando para la señora Baxter. No. La millonaria no sería declarada loca. Ellos estaban allí dispuestos a impedirlo, a impedir que una injusticia tan grande fuera cometida. Se sentían capaces de armar un alboroto, iniciar allí mismo una batalla campal con sus enemigos, si el fallo del juez era, a pesar de todo, desfavorable.

Pero no hubo necesidad de llegar a tales extremos. La balanza de la justicia se inclinó hacia el lado de la verdad. Mary Jane Baxter fue declarada en su sano juicio, y en plena posesión de sus facultades mentales, capaz de administrar por sí misma su cuantiosa fortuna, mediante la cual podrían beneficiarse tantas pobres gentes, exceptuando aquellos desgraciados parientes que Dios

había querido darle... Afortunadamente el fallo del juez acababa de apartarlos de su camino para siempre.

Pasaron los días. Mary Jane Baxter, después de haber vivido la pesadilla de aquellos tres meses de encierro en la casa de Orates, rodeada de enfermos mentales, recobraba poco a poco la tranquilidad de espíritu. Volver a ser, no la excéntrica millonaria que unos meses antes había despertado la indignación de los ciudadanos neoyorquinos con sus excentricidades de mal gusto, sino la buena, la dulce, la caritativa señora Baxter que habían conocido la familia Tony. Nunca tendría ésta que arrepentirse de haber albergado en su casa a aquella buena mujer que el destino había querido traerle un día, metida dentro de un Ford desvencijado, con un tobillo enfermo y con un genio imposible. La visión de la silla eléctrica que tantas veces atormentara la febril imaginación del pobre barbero cuando creía en la posibilidad de ser acusado de un secuestro, había desaparecido para dar lugar a otras visiones mucho más halagadoras. Mary Jane Baxter predicaba su dinero sobre aquellas honradas gentes. Quería ser la madrina de boda de María y Blakie, quería que los más eminentes doctores de Nueva York vieran al pequeño Charlie y trataran de remediar su mal, quería que Tony se fuera a dar un paseo por Europa, sobre todo por su querida Italia, y se sería capaz de adquirir de nuevo todas las localidades de la Scala de Milán, para que él solo pudiera darle el gusto de oír *la Traviata*, su ópera favorita. tantas cosas quería hacer la buena señora con su dinero, para compensar a aquellas honradas gentes de los malísimos ratos que les había hecho pasar a cambio del gran bien que le habían hecho ojos despertando en su alma los dormidos sentimientos de bondad y ternura que creía muertos para siempre!

Pero, entretanto, mientras llegaba el momento de poner en prácticas todo aquello, ya la familia de Tony había tenido un anticipo. No más, no más esclavitud

barberil en aquel barrio infecto de Nueva York, en el que habían transcurrido los mejores años de la vida del barbero. Vivían ahora con ella en su suntuosa mansión de la Quinta Avenida, en espera de que se les instalase una casa para ellos, con todas las comodidades, y un establecimiento de peluquería en que podrían ejercer sus habilidades de barbero Tony y su futuro yerno Blakie, rodeados de un buen número de ayudantes. Pero, entretanto, para no aburrirse cada mañana salían de paseo la familia entera, con la señora Baxter y su fiel Aubrey, que compartía filosóficamente el cariño de su amita con todas sus demás familiares. Tony, caprichosamente vestido de cochero, guiaba el carruaje, y hablaba con su lacayo que era... ¡adivínenlo ustedes..., nada menos que Merkin, el aludero. En el corazón de la señora Baxter había ahora cabida para todas las ternuras. El cuñado era el mejor amigo del barbero, y Tony y los suyos eran los mejores amigos de Mary Jane Baxter. A todos alcanzarían las bondades y los millones de aquella mujer que un día fuera la más excéntrica y absurda millonaria del país del dólar, y ahora, por obra y gracia de la honradez y el cariño de la familia de Tony, se había transformado en la dulce y buena abuelita Mary.

P I N

EDITADAS:

- *Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
3. *El gran impostor*, por Edmund Lowe.
4. *La vida de la Bohemia*, por Maria Eggert y Jan Kiepura.
5. *La bandera amarilla*, por Hana Albers.
6. *Cañado colgamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
7. *El tigre de Bengala*, por La Jana.
8. *La tumba india*, por La Jana.
9. *Mañecitas laterales*, por Lionel Barrymore.
10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
11. *Insentidos risales*, por Charles Farrell y June Martel.
12. *La marca de Calu*, por Noah Beery (Wils) y Jean Rogers.
13. *Una china de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
14. *State baletadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
15. *El Casilda Castañi*, por Olga Tcherhova y Karl Diehl.
16. *Marle con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
17. *Belle en el Marrabal*, por Henri George y Victoria von Ballasko.
18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
19. *El Fanto*, por Gustav Krühlich y Walt Janassa.
20. *Exterminio*, por Buck Jones.
21. *Ruinas Nuevas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
22. *Inciso al Bos*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
23. *Canallera Heron*, por Mirella Risch y Fritz Kampers.
24. *Imágenes de juventud*, por Sylvia Sydney y Herbert Marshall.
25. *Un mal caso*, por Keaney Maynard.
26. *Sonneten*, por Clark Gable y Jean Harlow.
27. *Comisario Rolo*, por Rudolf Forster.
28. *El Tiro de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
29. *La que apuesta su amor*, por Betty Davis y George Brent.
30. *Catalina*, por Francesca Gial y Abner Mail.
31. *La Rosa de los Tintes*, por Nova Pilbeam y Leticia Ardwicke.
32. *Perdida del gemellito*, por Kent Taylor y Arline Judge.
33. *Orléans contra los franceses*, por George Arlson y Lucie Mannheim.
34. *El Duque de Ségovia*, por Paul Mori y Ann Dvorak.
35. *Una Bestia*, por Willi Forst y Hall Robinson.
36. *El Apunto Secreto*, por Robert Young y Madeline Carroll.
37. *Un por de Glorias*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
38. *La Voz seductora*, por Maria Farneth y Paul Harman.
39. *Regalla*, por Eleanor Powell y Nelson Eddy.
40. *La media al amor*, por Zach Leander.
41. *Quedando a Roca*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
42. *La hija de Odrópolis*, por Gisela Holden y Otto Krumer.
43. *El loco caneludo*, por Warren William y Gail Patrick.
44. *El amor del padre*, por Buck Jones y Dorothy Dix.
45. *Una semana en la Luna*, por Anne O'Day y Hana Shaker.
46. *Concursos en la Corte*, por Maria Farneth y Johannes Heesters.
47. *Amoríos heróicos*, por James Cagney, Pat O'Brien y Jane Travis.
48. *Mareo insubstancial*, por Jack Hall, Diana Gibson y Grace Bradley.
49. *Los ladrones del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
50. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gial.
51. *La ballarina rusa*, por Lillian Harvey y Rolf Mathias.
52. *El duelo del Rey*, por Arthur Matherstick y Gust Huber.
53. *Reinas de acero*, por Victor Mc. Lantien y Rhonda Barnes.
54. *Botas-Blancas*, por Hans Adolph y Wera Engels.
55. *Valla invisible*, por Noah Beery Jr. y Frances Robinson.
56. *Canchelo*, por Lillian Harvey y Paul Stul.
57. *El escuadrón con honor*, por Herbert Marshall y Jean Arthur.
58. *Contra amigos*, por Victor Mc. Lantien.
59. *Amor del Sur*, por John Wayne y Diana Gibson.
60. *Una por dos*, por Buck Jones.
61. *Atormenta en la ciudad*, por Boris Karloff y Jean Rogers.
62. *Su primera escapada*, por Jackie Cooper y Joseph Cellia.
63. *Contrabando*, por Hana Albers y Lotte Lenz.
64. *Millonario a sueldo*, por George Murphy y Alice Faye.

* Agotadas.

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILÉN, 154

BARCELONA



N.º 65